

DISCURSO

PARA EL DIA DE LA FESTIVIDAD

DE TODOS LOS SANTOS.⁽¹⁾

(DE TRONCOSO.)

Gaudete et exultate, quoniam merces vestra copiosa est in cælis.

Gozaos y regocijaos, porque es muy grande la recompensa que os aguarda en los cielos.

S. Mateo, c. 5. v. 12.

Palabras consoladoras! Promesas inefables! Oh! ¡cuán grande debe ser en este dia la satisfaccion de los hijos de la iglesia al escuchar de la boca misma del eterno Renumerador lo que en persona de sus apóstoles dice á todos aquellos que caminando por sus huellas sufren en esta vida la persecucion, el odio, la calumnia y las desgracias todas á que está sujeta la virtud en un mundo corrompido é insensato! «Alegraos y regocijaos, porque es muy grande la recompensa que os aguarda en los cielos.» Estas mismas expresiones son las que la bella madre de los predestinados dirige á todos sus hijos en esta augusta solemnidad que consagra á celebrar el eterno triunfo de los santos. Nos recuerda su gloria, nos pone á la vista su felicidad, nos reitera las mismas promesas que á ellos les hiciera el Salvador, para que animándonos á imitar sus virtudes, nos haga-

(1) Este discurso está escrito bajo la inspiracion de uno que sobre el mismo asunto predicó el célebre *P. Lenfant*, orador frances del siglo pasado, cuya elocuencia y sublimidad de ideas son bien conocidas de los hombres sabios y amantes del verdadero mérito.

mos dignos de ser participantes de su galardón: *Gaudete et exultate, quoniam merces vestra copiosa est in cælis.*

Ningun otro asunto pues debe formar la materia de mi discurso. La bienaventuranza de los santos es el objeto exclusivo que debe ocupar hoy toda nuestra atencion. Bien sé que no es posible formar una idea exacta de ella, porque está fuera del alcance de todas nuestras ideas. La felicidad de los predestinados es una verdad de que debe hacerse cargo el íntimo sentimiento, si bien jamas llegará á penetrarla á fondo por mas vivo y eficaz que sea. ¿Mas deberé por eso enmudecer? ¿Habré de pasar en silencio una materia de por sí tan eficaz para reanimar nuestros espíritus abatidos, por mas que esté convencido de la imposibilidad de hablar de ella dignamente? No, católicos, tanto ménos cuanto que esta misma imposibilidad de expresarse, es la prueba mas concluyente de la grandeza sin semejante del asunto. Y qué! ¿No habremos de subir á la cátedra del Espiritu santo mas que para asustar y aterrorizar á los pecadores, sin pensar en animar á los justos? ¿No es nuestro Dios el Dios de las misericordias igualmente que el Dios de las venganzas? Si pues anunciamos los severos castigos con que amenaza al crimen, ¿no es justo publiquemos tambien la bienaventuranza que tiene destinada á la virtud?

¡Dichoso yo si logro que las almas generosas y fieles sientan palpablemente las bellezas de la ley divina, haciéndolas entrever lo que deben esperar de su cumplimiento, de parte de aquel Dios que con magnificencia tanta premia á sus servidores en el cielo! A este fin me limitaré hoy á hablar de la bienaventuranza de los santos, fundado en algunas promesas con que Dios mismo se ha dignado anunciárnosla, de donde inferiremos que la palabra de Dios es el fundamento sólido de nuestra eterna felicidad en el cielo.

¡Oh Jesus, salvador de los hombres y remunerador eterno de los santos! Vos solo sois capaz de dar una justa idea de aquella inefable bienandanza que disfrutaban en el reino de la inmensidad los que vos escogisteis para ser vuestros amigos y socios de vuestra dicha. A vos pues pertenece en este dia ser el verdadero panegirista de aquella gloria que el hombre viador es incapaz de comprender. Mas puesto que por el órgano de mi débil voz quereis sea anunciada á este pueblo fiel, dignaos poner en mis labios palabras dignas de objeto tan superior á

mismenguadas luces. Séaos grata la intercesion de vuestra amabilísima Madre, á quien interesamos en nuestro favor, postrándonos á sus plantas y dirigiéndola la salutacion del ángel: *Ave Maria*.

REFLEXION ÚNICA.

Aunque es innegable, segun el Apóstol, que ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni el entendimiento humano jamas pudo llegar á comprender la gloria destinada para los santos en el cielo; fundados, empero, en las palabras de Dios, podemos representárnosla como *un estado de perfecto sosiego y de paz interminable*, de donde desaparecieron todos los males; *de gloria y de triunfo con que se recompensan todos sus merecimientos; de vida y de inmortalidad que satisface todos sus deseos*. Tal es la idea que se nos da en el Apocalipsis de la bienaventuranza. « Hé aquí el tabernáculo de Dios entre los hombres. El Señor morará con ellos; ellos serán su pueblo, y él mismo será su Dios. Él enjugará de sus ojos todas las lágrimas; no habrá ya muerte, ni llanto, ni gemidos, ni dolor, porque las cosas de ántes serán pasadas..... El que venciere poseerá todo esto, y yo seré su Dios, y él será mi hijo..... Allí no habrá jamas noche, el Señor los alumbrará, y reinarán por los siglos de los siglos » (1).

Y desde luego la gloria de los santos *es un estado de perfecto sosiego y de paz interminable*. Venid vosotros, los que llorais de continuo y os mirais agobiados bajo el peso de los infortunios y miserias que acompañan esta vida presente. Alzad los ojos y contemplad la asombrosa revolucion que se obra en el hombre tan luego como llega á pisar los umbrales de la ciudad santa. Allí fenecen para siempre las inquietudes, las agitaciones, las desgracias y los reveses. Allí el entendimiento no se ve ofuscado con las tinieblas de la incertidumbre y de la ignorancia, ni el corazon devorado por la tristeza y la amargura, ni agobiado el espíritu por la fatiga y el dolor. Allí no existen aquellos choques interiores de deseos que se destruyen recíprocamente, de temores y esperanzas que se hacen una guerra intestina, de pasiones que se inflaman y se irritan. Allí no hay pecados que llorar, ni esfuerzos extraños que vencer, ni enemi-

(1) *Apocal. c. 21 et 22.*

gos que temer, ni precauciones que tomar, ni sucesos que prevenir, ni recursos que conservar: *Mors non erit ultra, neque luctus, neque clamor, quia prima abierunt* (1). Buscad en el mundo esta total ausencia de las calamidades que le inundan... En vano. Si alguna vez nos hallamos deslumbrados por alguna momentánea ráfaga de felicidad, ¡cuán presto nos vemos envueltos en una negra nube de calamidades! Se logra disipar por algun tiempo las tristezas y el fastidio, pero luego vuelven á renacer con mas vehemencia; y segun el testimonio del hombre mas sabio y feliz del mundo, el estado presente no nos ofrece á todos mas que vanidad y afliccion (2). No así los santos que reinan en el cielo. Como ningun pecado puede entrar en aquella mansion feliz, tampoco pueden penetrar en ella sus tristes consecuencias. Solas las buenas obras siguen al justo, y á estas un reposo interminable (3).

¿Y qué reposo es este que disfrutan los bienaventurados? ¿Será acaso uno de aquellos sentimientos débiles semejante al que concebimos en la inaccion de un alma indolente cuya felicidad total consiste en no ser desdichada? Ah! no reduzcamos á un círculo tan estrecho la tranquilidad de los moradores del cielo. Ella es una tranquilidad real, positiva y perfecta, porque se funda en una completa satisfaccion de todos los deseos; es una calma precedida del trabajo, y que le sirve de galardón haciendo gozar á quien la posee de sus mas preciosos frutos; es un reposo que el Señor enriquece, segun la expresion de un profeta, con los tesoros de su abundancia, y que no pueden alterar los males temporales ni los gritos de la conciencia. Hé ahí una débil imagen de la paz que os está prometida en el cielo, almas justas, pero tímidas; almas llenas del amor divino, pero susceptibles á veces de una desconfianza excesiva; almas sobresaltadas con la incertidumbre de vuestro porvenir. Mirad al cielo! Allí únicamente podreis leer de un modo claro y seguro los inviolables títulos del amor que el Señor os tiene, y los derechos que podeis adquirir á su amistad y á aquella union inefable que os hará ser del Señor para siempre.

Feliz sin duda fué para el pueblo hebreo aquella memorable noche en que perseguido por el tirano Faraon, vió hundirse en las aguas del mar sus formidables huestes, y libre ya de las

(1) *Apocal. c. 21. v. 4.* (2) *Eccles. c. 2. v. 11.* (3) *Apocal. c. 14. v. 12.*

cadenas que le oprimieran, pudo dirigir sus pasos hácia la tierra de promision entonando himnos de gratitud á su divino libertador. Feliz fué para los habitantes de Betulia aquel dia en que próximos ya á ser víctimas del implacable Holoférnes, ven que de repente huye el enemigo despavorido, dejándoles en el campamento tesoros tan inmensos, que apenas pudieron recogerlos en treinta dias. Feliz fué en fin para los judíos dispersos en las provincias de Persia, aquel momento en que llegó á sus oídos la revocacion del cruel edicto que á todos condenaba á una muerte cierta é inevitable. Todos creyeron, segun la frase de la Escritura, que habian renacido á una nueva vida, segun que estaban consternados cuando recibieron esta nueva. Mas ¿á qué recordar estos sucesos? ¿Qué comparacion puede haber entre estas débiles imágenes de felicidad, y la verdadera dicha que disfrutan los bienaventurados en el cielo? La gracia de Dios con todos los bienes que la son consiguientes forman su patrimonio. Ya no tiene poder contra ellos el terrible enemigo que no cesaba de perseguirlos. Se acabó el tiempo de las dudas y de los temores, y llegó el del sosiego y la tranquilidad. Oh! Allí en aquella celestial morada, embriagados de las dulzuras que les causa la fruicion de la divina esencia, no cesan de exclamar con el Profeta: «Ahora, Señor, gozaremos del reposo que nos teniais preparado, y gustaremos los frutos de vuestra clemencia. Salvádonos has de las garras de la muerte; habeis enjugado nuestro llanto, y apartádonos de los lazos y escollos que nos rodeaban. En vos descansaremos para siempre (1).»

El estado de los bienaventurados en el cielo es tambien *un estado de gloria y de triunfo*. «Yo he visto, escribe el apóstol de Patmos, la nueva Jerusalem, la ciudad santa y gloriosa que descendia del cielo por la mano de Dios, semejante á una esposa engalanada para su esposo (2).» Y despues de haber descrito con los mas vivos colores su admirable belleza, añade de parte del que estaba sentado en el trono: «El que venciere, poseerá todas estas cosas.» *Qui vicerit, possidebit hæc* (3). ¿Y quién podrá dudar de esta gloria de los santos, viéndola reflejar continuamente aun en la misma tierra, morada de quebranto y de humillacion? ¿No veis como desde el momento en que

(1) *Psalm. 114.* (2) *Apocal. c. 21. v. 2.* (3) *Ibid. v. 7.*

la muerte franquea á los bienaventurados las puertas de la Jerusalem celeste, comienzan ya en la terrestre los himnos de prez y de alabanza y las demostraciones de júbilo universal? Su mismo sepulcro ¿no se convierte en trono en donde toda grandeza humana parece oscurecerse, á cuyo alrededor vienen á postrarse los poderosos del siglo y los señores del mundo, á tributar á su memoria los homenajes de respeto á que se hicieran acreedores por su virtud? Los tristes restos de la humanidad que en los demas hombres no presentan sino el lúgubre cuadro de la corrupcion, ¿no son en los santos objeto de una veneracion eterna? ¿Con qué avidez no concurren los mortales á los sitios depositarios de sus huesos sagrados! ¿con qué confianza no van á implorar su mediacion! ¿con qué ternura y devocion no les honran! ¿Qué satisfaccion no cabe á quien los posee! ¿Cuán dichosa no se cree la tierra á quien Dios confia ese precioso depósito! ¿Cómo se gloria de ello! ¿Con qué rapididad no se extiende la fama de sus maravillas! Y sin embargo, católicos, no es este el sitio de su glorioso triunfo. Ellos combatieron en la tierra, pero el cielo los recibe vencedores: solo allí logran un triunfo completo. *Qui vicerit, possidebit hæc.*

Allí es pues donde las almas entregadas al Cordero inmaculado obtienen la gloria de entrar en su comitiva; donde los corazones apacibles y humildes adquieren la verdadera grandeza, donde los hombres convertidos y penitentes disfrutan de la satisfaccion pura de sus voluntarias aflicciones; donde los verdaderos fieles que supieron adorar á Dios entre las tinieblas de la fe, llegan á contemplar sus perfecciones en toda su claridad; donde los que han participado de los padecimientos de Jesucristo se revisten de su inmortalidad y participan de su gloria y de su mismo trono.

No intentemos, católicos, realzar la magnificencia de esta gloria, tomando fuera de la mansion de los justos los rasgos para describirla. ¿De qué nos serviria para el caso el cuadro mas perfecto de la gloria humana? La de los santos es no solo una gloria personal concedida á sus merecimientos, sino tambien una gloria universal, puesto que siendo las virtudes las armas triunfadoras con que se abrieron paso para entrar en la celestial Jerusalem, todas ellas contribuyen á formar la corona que han de ceñir por toda la eternidad. Es una gloria inmensa que no cabe en el corto espacio del lugar ni en los estrechos

límites del tiempo, porque toma su inmensidad del mismo Dios cuya idea nos representa. Es una gloria que no desmerece con el transcurso de los siglos, porque nada se altera ni envejece en el cielo: y aunque sean muchos los que entran en su participación, el cielo es para cada uno de ellos su propia conquista. Es una gloria libre de las vicisitudes y de las pasiones humanas. Acá en la tierra la envidia ejerce el mas poderoso influjo; difícilmente se logra acallarla, y aun mas difícilmente se consigue hacerla contribuir al triunfo de la virtud; lo que no puede obtener por propio mérito, procura deprimirlo por medio de su malignidad; en su implacable furor halla siempre el desquite y la venganza. Solo los bienaventurados en el cielo tienen la gloria de ver contribuir á celebrar su triunfo á aquellos mismos á quienes les fueron negados los honores de él; de oír ensalzar sus virtudes por aquellos que las habian menospreciado; y de escuchar la confesion de su sabiduría y prudencia de boca de los que un día la habian tachado de locura. Es una gloria, en fin, que no admite preferencias en su distribución, que no puede usurparla la hipocresía, y á la cual no puede aspirar la vanidad. El soberano tasador de todos los objetos, el apreciador infalible de las acciones humanas, Dios, es quien la ordena y distribuye.

¿Qué galardón se ha dado, preguntó un día el rey Asuero, á aquel servidor mio cuya fidelidad consta en los anales de mi reino? Llega á su noticia que aquel generoso y fiel vasallo ha tenido que contentarse con la dulce recompensa de su propia lealtad; y enardecida en aquel momento su alma con el sentimiento digno de un gran rey, despliega toda su grandeza, y ordena que Mardoqueo participe en algun modo de los mismos honores de la majestad real.

¡Dios justo, remunerador de los hombres! ¿Cuál ha sido y es hoy día la suerte de la virtud en la tierra? Ah! Ella se mira envuelta en la oscuridad, ó sepultada en el olvido, ó sucumbiendo bajo el peso de la humillación y de las desgracias. El mundo la desconoce, el infierno la persigue, y aun vos mismo, Señor, aunque siempre la amais, ¿no parece la abandonais en algunos momentos? Mas no, hermanos míos, no se ha olvidado Dios de sus escogidos. Allá en el cielo es donde abriendo el libro de la vida, en cuyas páginas están escritos los merecimientos de cada uno de sus fieles servidores, decreta lo que convie-

ne hacer en favor de los que quiere honrar; y aconsejándose con su fidelidad, con su justicia y liberalidad, á la vista del universo asombrado, hácelos participantes de los honores que exclusivamente les pertenecen, adórnalos con las vestiduras de su gloria, y los corona con su diadema.

¿Mas por qué me canso, amados oyentes, en pintaros la gloria de los santos? En vano intentaria yo explicaros no solo lo que ella es en sí, pero ni aun la idea que de ella podeis formar. Este es uno de aquellos asuntos que no admiten la explicación de una lengua mortal, segun la frase del Apóstol (1). Oh ilustres conquistadores! ¿Cómo pudiera yo dejar de abismarme y confundirme á vista de vuestros triunfos? Sellaré mis labios, ó cuando mas me contentaré con volverme al Señor y exclamar con el Salmista: ¡Cuán excesivo es, Dios mio, el honor que habeis concedido á vuestros amigos! Su imperio ha llegado á ser sumamente poderoso (2). Volvamos pues, católicos, á ideas mas perceptibles, y sigamos alimentando en nosotros el deseo de obtener la bienaventuranza de los santos, considerándola por último como *un estado de vida y de inmortalidad*.

Hablo de vida, y de una vida eterna, á unos hombres que nada temen tanto como perder una existencia que no es en realidad, segun la expresión de san Gregorio, sino una prolíja continuación de la muerte. Yo os veo ocupados continuamente en conservarla, por mas convencidos que estéis de que su duración ha de ser muy corta. Ah! ¿podeis contar en el número de los bienes una vida que cada instante os la puede arrebatar, cuando ni aun contar podeis por seguro el momento presente sino despues que ya ha pasado? Yo recorro en mi imaginación las diversas clases de prosperidad que hacen un papel tan lucido en la escena del mundo. Veo los atractivos que tiene la grandeza para deslumbrar, los deleites que acompañan á la abundancia, lo honroso que es tener una grande reputación, el placer y entretenimiento que proporciona el trato de gentes. Contemplo el lustre y esplendor del monarca, el brillo y lucimiento del héroe, la libertad del ciudadano y las distinciones que se merece el talento. Entro en aquellas habitaciones dichosas y apacibles en que todos los miembros de una familia parecen no tener sino una sola alma y un solo corazón, y veo

(1) II. ad Cor. c. 23. v. 4. (2) Psalm. 138. v. 17.

padres bien avenidos, hijos bien educados, grandes herencias, proyectos lisonjeros, colocaciones ventajosas, una suerte feliz en todo, una estimación general; y sin atreverme á responder de la realidad del cuadro que acabo de bosquejar, quiero suponerle aun mas perfecto. Me paro á mirarle por un momento... mas ah! no me es posible fijar en él mi atención. Esta primera idea de una felicidad tan lisonjera me arrastra inevitablemente á la idea del hombre en quien toda ella se refunde. Advierto que este hombre es mortal; desde luego comienzo á dudar de su estabilidad, y á la duda se sigue la certidumbre de que no gozará de su dicha por largo tiempo. Un cortísimo número de años produce necesariamente mudanzas de gran consecuencia: una amarga separación entre los que se hallaban unidos con los vínculos mas estrechos; un despojo total de unos bienes en que se fundaban las esperanzas del porvenir; un abatimiento de vejez y de achaques consiguientes á ella que vienen á destruir la fuerza y lozanía de la juventud. Tristes resultados! El campo se presenta hermoso: sus calles y avenidas frondosas y risueñas, lisonjean la vista del que se lanza á la carrera; pero cuán horrible es la perspectiva inevitable que le termina! Siempre la funesta imágen de la muerte!!!

¿A qué pues se reduce esa supuesta felicidad de la vida, cuando para gozarla se hace preciso separar de ella la idea de la vida misma? Ser feliz sin poder estar seguro de vivir, vivir sin poder jamas llegar á ser feliz; tal es, humanos, vuestra situación en este mundo, donde el bien que se posee es un presagio infalible de la aflicción que se os prepara, pues que esta felicidad se ha de acabar. Pero fijad vuestra consideración en el cielo. Allí y solo allí ha posado de asiento la verdadera felicidad. Los santos que gozan de ella están seguros de que siempre la gozarán. Para ellos lo pasado nada ha tomado de lo presente, ni lo presente de lo porvenir. La eternidad toda entera les pertenece; y como esta no puede tener término, tampoco puede tenerle su dichosa suerte. Idea es esta tan magnífica y satisfactoria, que la fe se sirve de ella para alentar á los justos á merecer las divinas remuneraciones, poniendo ante sus ojos la dulce perspectiva de una vida eterna! *Regnabunt in sæcula sæculorum* (1).

(1) *Apocal. c. 22. v. 5.*

Mas ¡ay amados oyentes míos! Yo abro á vuestra vista aquella morada celestial que el profeta llama la tierra de los vivientes (1), y veo que vosotros vivis placenteros en esta region en donde habita la muerte. Ofrezco á vuestros deseos aquella herencia que el apóstol san Pedro os representa incorruptible é incontaminada (2), y os veo apegados á unos bienes que estáis próximos á perder. Convido á vuestros corazones á que se alimenten de aquella esperanza que el Sabio asegura estar llena de inmortalidad (3), y veo que el estrecho círculo de algunos años abraza hoy todas las vuestras. Excito vuestra alma á ocuparse de aquel dia para vosotros tan dichoso, cuya gloria eterna anuncia Daniel á los justos (4), y veo que todo vuestro ser se halla embargado en unos placeres efímeros y pasajeros. Por mí, católicos, yo siento con estas ideas encenderse en mi corazón el amor á esa vida real é imperecedera que los santos disfrutaban en la mansión divina. El íntimo sentimiento de mi existencia, el deseo natural de conservarla, la seguridad de su duración inmortal, la persuasión de que puedo vivir eternamente feliz, hacen en mí una impresión cuya viveza no puedo describir. Oh! ¡que no me sea lícito pasar inmediatamente á esa existencia eterna para poder desde allí desafiar á la muerte!

Y bien, católicos, á vista de esta eternidad de reposo, de gloria y de vida, ¿no comprendéis el gran consuelo y la satisfacción que proporciona esa religion que os la propone? ¿Pueden concebirse sentimientos y afectos mas nobles y generosos que los que ella inspira á los que forma segun su espíritu? ¿Quiénes son á vuestro juicio los que poseen mayor grandeza de corazón? los que limitan su ambición á unos objetos tan insubsistentes como ellos, ó los que miran con desprecio todo cuanto no es inmortal como esperan serlo ellos mismos un dia? ¿los que desean conquistar el cielo, ó los que sacrifican el cielo por conquistar la tierra? ¿los que hacen los mayores esfuerzos por existir en la memoria de los hombres durante algunos siglos, ó los que á nada ménos aspiran que á existir eternamente en la mansión del mismo Dios? ¿los que se hallan entretenidos con el mundo sensible y material, ó los que únicamente piensan en la eternidad? Las almas verdaderamente dignas de la

(1) *Psalm. 26. v. 13.* (2) *I. Petr. c. 1. v. 4.* (3) *Sap. c. 3. v. 4.*

(4) *Dan. c. 12. v. 3.*

sublimidad de su origen y del fin á que están destinadas son únicamente las que, bajo el modesto velo de la separacion y del desprecio del mundo, vencen todos los obstáculos que él opone á su virtud; las que sufren en la tierra con firmeza y constancia todos los contratiempos y reveses, porque no conocen otra felicidad que la del cielo. A esta aspiraron los santos. Por lograrla sacrificaron sus pasiones, domaron sus apetitos, vencieron al mundo, al demonio y á sí mismos; y triunfando con las armas de la fe de todos los enemigos que se oponian á su salvacion, hicieronse dignos de una eternidad de reposo, de una eternidad de gloria, y de una eternidad de vida que no les será quitada mientras exista Dios.

Ambicionemos pues, católicos, esta bienaventuranza; emprendamos el camino de aquella Jerusalem celeste en donde están escritos nuestros nombres. No somos allí huéspedes, sino conciudadanos de los santos, domésticos de Dios, sus herederos y coherederos con Cristo de su misma gloria. La fortaleza nos franqueará las puertas de aquella ciudad, y la confianza nos abrirá paso hasta el trono del Eterno. En él gozaremos de aquella imperturbable dicha que constituye el galardón prometido á los que siguieron las huellas del Cordero y lavaron sus estolas en su sangre preciosísima. Peleemos pues con denuedo contra nuestros adversarios espirituales, seguros de que Dios que nos ve, no dejará sin recompensa nuestro valor. Estemos siempre prontos á ejecutar la voluntad del Señor con recta intencion, con fe firme, con esperanza robusta, con perfecta caridad, observando todos los divinos preceptos con simplicidad de corazón, procurando que nada en nosotros falte para ser perfectos modelos de virtud y santidad. Estas son las huellas que nos dejaron trazadas los justos al volverse al seno de Dios, para que caminando por ellas nos hiciésemos dignos de su misma bienandanza. ¡Plegue al cielo que así lo hagamos! ¡Quiera el Señor que no sea para nosotros infructuoso el ejemplo de los que nos precedieron en la lucha!

Santos conquistadores! Atletas invencibles! ¡Moradores dichosos de la Jerusalem esposa del Cordero! Escuchad hoy los ruegos de los que todavía peregrinamos en esta mansion de quebranto. Somos viadores, y caminamos hácia la patria común de los predestinados; pero encontramos á cada paso escollos que entorpecen nuestra marcha. Tendednos una mano

auxiliadora, vosotros que libres ya de los peligros de la mortalidad, nada teneis que temer de un mundo á quien no pertenecéis. Presentad vuestros ruegos ante el trono de Dios en cuya presencia os gozais, para que fortaleciendo nuestra debilidad, nos haga expeditos para correr de virtud en virtud, hasta llegar á la cima del monte santo de Sion, en donde en vuestra compañía podamos cantar el himno de victoria por los siglos de los siglos.